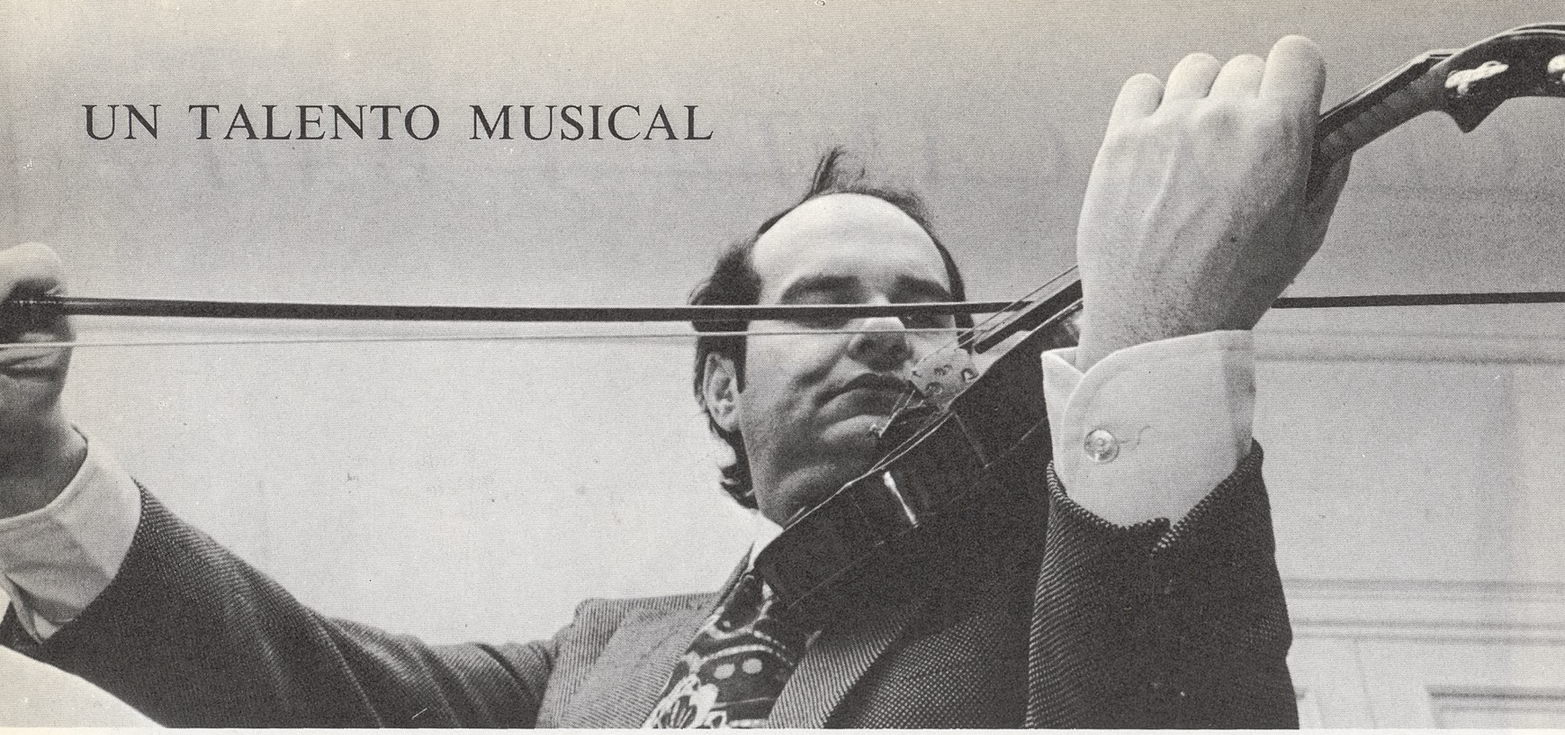
UN TALENTO MUSICAL



GANO EL «REINA ELIZABETH» DE BRUSELAS A LOS 17 AÑOS

ERA en la primavera del año 1959, cuando desde Bruselas, se anunciaba a la prensa internacional el resultado del más difícil y afamado concurso musical que existe: El Reina Elizabeth de Bélgica. Un joven de 17 años, nacido en Bolivia y llamado Jaime Laredo, era el afortunado ganador. Los dos violinistas premiados anteriormente habían sido —nada más y nada menos—, que David Oistrack y Leonid Kogan. Bolivia saltaba así a la primera plana de la noticia cultural, al ser cuna de este nuevo descubrimiento que era el casi prodigio musical, Jaime Laredo. A partir de entonces, su vida y su nombre se someterían a las más rigurosas y exigentes disciplinas como precio a la dimensión de su talento. Bolivia recibió a su héroe en olor de multitud.

Dejó su tierra natal a los siete años y se trasladó con sus padres a los Estados Unidos de América, a comenzar su formación musical. Seis años en San Francisco, California, un año en Cleveland-Ohio y luego al famoso Instituto Curtis de Filadelfia, donde completó con todo rigor sus estudios superiores de música. Hoy Jaime Laredo es maestro de dicha escuela.

Jaime Laredo es, sin duda, la máxima figura del violinismo hispanoamericano. Hasta que él llegó, las tierras hispánicas no habían producido un intérprete de tanta sensibilidad y exquisita técnica. Tampoco uno a quien las puertas internacionales del prestigio y de la responsabilidad se le hubieran abierto de manera tan exigente y gratificante. Para muchos de los oyentes españoles de los conciertos de Laredo, el gran violinista boliviano era un ilustre desconocido. Aunque aconteció que, por este mismo desconocimiento, fue mayor el salto dado por los melómanos madrileños y catalanes. Tuvieron que ir desde la expectación al asombro; desde la pregunta hasta el gozo. Jaime Laredo dio tanto en el concierto de Madrid como en el de Barcelona, pasando por el recital de la Sala Fénix, cumplida muestra de su excepcional calidad, de su vitalidad con el instrumento y de su vivencia personal de las páginas que interpretaba. Algo más que un virtuoso y nada menos que un artista.

EL LAREDO ESPAÑOL.—El apellido de Jaime nos suena a cosa tan española que no hemos tenido más remedio que preguntarle por él.

—Sí, sé que en Santander hay un bellísimo lugar marinero que se llama así, Laredo. Tengo oído a mis padres que nuestros antepasados eran, efectivamente, españoles. Un día, cuando vuelva a España con más sosiego, intentaré ir al norte, a ese Laredo de mi apellido.

—Pero tú habías estado ya en España anteriormente.

—Claro. Estuve en esta tierra hace quince años. Di un concierto en Bilbao y otro en Oviedo. Tengo idea de que pasé incluso por tierras santanderinas. Pero la vida de un artista cuando está en pleno trabajo es una vida disciplinada y exigente. Tiene que vivir el concierto no sólo en los ensayos o en la audición oficial, sino mucho antes y en silencio. Ahora mismo me habría gustado ir horas y horas al Museo del Prado. Pues bien, no me ha sido posible. Habrá que pensar en unas vacaciones españolas. Será la mejor manera de no pasar de largo por este entrañable país. Como vengo a Europa casi todos los años, en una de esas oportunidades trataré de perderme un poquito más abajo.

—Con sinceridad, Jaime. ¿No eres un producto ligeramente extraño en el mundo cultural de tu país?

—Es posible. Lo único que sé es que respondo —como producto— a los estímulos que recibí de mi padre. No era músico profesional, pero sí era uno de los hombres a quienes más he visto disfrutar con una buena partitura. Cuando vio las disposiciones naturales que yo tenía para el violín, trató de que saliera de Bolivia para seguir estudios en Estados Unidos. A lo largo de mi vida y en los momentos cruciales de mi carrera, mi padre ha sido una especie de ángel guardián, de admirador incondicional y de amigo insustituible.

—¿También cuando lo de Bruselas?

—Bueno, lo de Bruselas fue algo así como un milagro. Tenía ilusiones de ganar, pero no quería ni podía hacerme a la idea de que sucedería. La competencia era tremenda, pero resultaba mucho más apasionante aún la experiencia personal.

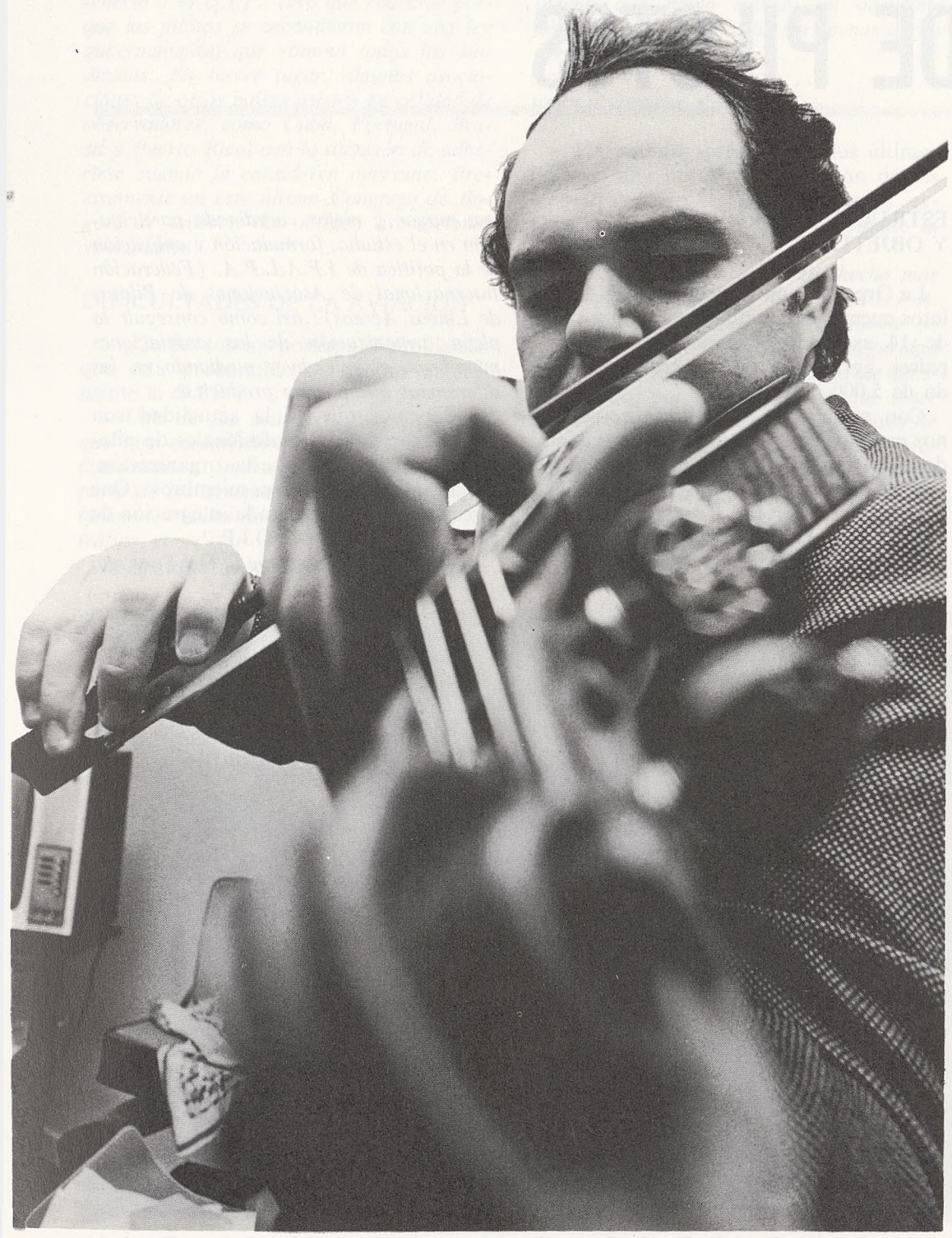
—Tenías 17 años.

—Tenía 17 años. Se lo dije a mi profesor del Instituto Curtis. Era como una manera de cubrir mi retirada. Pero él se empeñó en que valía la pena competir frente a hombres que, con sus veinticuatro o veinticinco años, tendrían que poseer un mayor aplomo. Mi susto fue mucho mayor cuando gané, que cuando esperaba mi actuación frente al jurado. Hay que pensar que en el palmarés del premio «Reina Elizabeth» están escritos nombres de tan hondo prestigio como el de David Oistrack y el de Leonid Kogan.

—Ganaste, te convertiste en un pequeño ídolo y empezó tu periplo internacional.

—Menos que todo eso. Es cierto que para Bolivia fue un motivo de júbilo nacional, pero, para mí, el triunfo de Bruselas fue como un motivo cotidiano de exigente superación. Sabía que de allí en adelante se me pediría —y yo mismo me lo pedía— cada día un poco

JAIME LAREDO, violinista boliviano



más. Más entrega, más estudio y más creciente sacrificio.

—¿Cómo es el día —un día cualquiera— de Jaime Laredo?

—Cuando estoy en mi casa de Nueva York, me levanto temprano, estudio unas tres horas por la mañana, cumplo con algunos compromisos por la tarde, doy las clases en el Instituto Curtis y asisto a algún concierto o vuelvo a casa para seguir estudiando un poco más. Quiero decir con ello que la música se traga, de una manera o de otra, casi todas las horas de mis días.

EL MEJOR CRITICO.—En España, hablar de violín es hablar de Sarasate.

—Sí, lo sé. He tocado bastantes páginas de Sarasate. También muy buenos arreglos de obras de Falla para violín. Y el Concierto de Saint Saens que interpreté en el Teatro Real, aunque sea obra de autor francés, es música inspirada en Sarasate y compuesta para él.

—Que era un virtuoso. ¿Te consideras tú un virtuoso?

—Confieso con sinceridad que lo soy. Lo cual no quiere decir sino que he llegado a una cierta maestría del instrumento. Se es virtuoso cuando se domina el violín sin tener que estar consciente de la técnica. Una técnica que ha sido superada para ceñirse exclusivamente al servicio de la música. El virtuoso es el intérprete no de una partitura, sino de su propia inspiración.

—¿Saben los críticos estas cosas?

—Bien, la crítica es importante. A mí me interesa leerla. Pero creo que, en mi caso, yo soy el mejor crítico de mí mismo. Si, cuando doy un concierto, no quedo satisfecho de mí mismo, poco pueden convencerme de lo contrario las críticas halagüeñas que quizás puedan producirse. Y que sólo yo he llegado a percibir mis propios errores, mi limitación o frialdad. En cambio, si me he gustado, si me he parecido bien, no hay crítica que pueda amargarme esa satisfacción. Sé que me exijo demasiado y que sólo en esta exigencia puede encontrarse el verdadero equilibrio del artista.

—¿Con qué compositor te identificas más fácilmente?

—No sé, no es fácil decirlo. Cuando, por ejemplo, toco a Mozart, tendría que confesar que es Mozart, en esos momentos, mi favorito. Pero a continuación me ocurre lo mismo con Beethoven, o con Schubert, o con Brahms. No hablemos, entonces, de músicos, sino de momentos musicales. Esos momentos en que la partitura y el intérprete se sueldan como si fueran una sola y misma criatura.

—¿Técnica o talento?

—Hay que partir del talento, ésa es la verdad. Pero el talento —ya en el camino— no lo es todo. Se necesita disciplina, trabajo, estudio constante de las posibilidades, del magisterio de los otros. Ahí está el soberano ejemplo de Casals. Se murió —maestro más que nadie— a los noventa y tantos años. Ni un día de su venerable vejez dejó de ejercitar y estudiar páginas que había tocado miles de veces en su vida.

—Pero eso es casi una esclavitud...

—Es una esclavitud. La más hermosa de las esclavitudes. Porque un artista debe saber que no se pertenece a sí mismo, sino a su propio arte. Creo que no «podría» tomarme unas vacaciones jamás. No podría estar un mes sin tocar el violín. Lo más que me permito son unos días de reposo. O un fin de semana.

Prisión musical la suya. Una especie de hermosa cárcel en la que el artista trasciende la densidad del tiempo y la atmósfera de los contornos para sumirse en el increado mundo de su propia creación. La soledad sonora —de que habló el poeta santo— en nadie mejor se cumple que en estos hombres —Jaime Laredo lo sabe— que hacen de la música una vida al mismo tiempo que llevan la música a la vida de los demás.—María Teresa ALEXANDER (Fotos: UBEDA).